

DIABULUS IN MUSICA

Cuando Balder vino a pedirme cuentas yo aún nadaba desvelada entre los brazos de Christopher. Apareció en mitad de la noche, en la casa de Belgravia, que yo, por sus rododendros y sus hileras de rosales enfebrecidos, sabía de su preferencia. Levanté la cabeza y adiviné su sombra más allá de la ventana, una estaca oscura sobre el sendero de arena.

Cerré los ojos, y apreté los párpados para alejarlo, pero cuando los abrí de nuevo él ya se encontraba en la habitación, envuelto en las sombras del recoveco junto a la ventana. Quise advertirle, porque si se descuidaba podría pisar la ropa desperdigada y los cristales rotos, las huellas del último forcejeo entre Chris y yo, entre mi voluntad y mis debilidades, el desastre en el que se había convertido la casa y nuestra vida, pero no hizo falta. Conocía aquel cuarto, lo había recorrido conmigo en múltiples ocasiones, y continuó avanzando. Levantó la cabeza, fijó en mí sus ojos feroces, y aguardó a los pies de la cama.

Yo me incorporé, observé por un momento a Christopher, que continuaba dormido, indefenso bajo las capas de sueño, y me despedí de él. Sus labios cedieron levemente bajo los míos, y por primera vez dudé del calor de la vida, de si la sangre aún latía en mi beso, que no logró despertarle. Busqué las zapatillas bajo el borde de la cama y me acerqué a Balder. Sus manos blancas, de huesos transparentes bajo la piel lívida, cortaron el aire con algo de vuelo de ave y me atravesaron el pecho; sentí el latido de la piel al hendirse, la frialdad de un tacto de hielo que se abría paso entre mi sangre.

Luego, con un tirón, extrajo las manos de mi busto y me mostró lo que buscaba; era mi corazón, o tal vez mi hígado, y lo apretó hasta reducirlo a un polvo seco, que cayó poco a poco a sus pies, un serrín rojizo y muerto.

No fue un precio excesivo por todo lo que me dio. Balder me trajo a Christopher, incluso a Clara: me prestó años de búsqueda, una felicidad pastosa y de malva visco, confundida con muchas otras cosas, la liviandad, la insatisfacción, la nostalgia. Los viajes postergados, los deseos imposibles.

Pero ahora Chris vive en una casa rodeada de azahar insípido en San Diego, la misma que compartía con su mujer y su hija, Clara persigue mimos y nombres en las tardes lúgubres, o quizás haya sido devorada ya por ellos, y todo lo que conocí se ha desmoronado. Todo lo que deseé ha desaparecido.

Respecto a mí, estoy muerta. Todas las mañanas me levanto, me miro en el espejo y me dedico luego a recorrer la escuela. Mucho después de que los niños hayan abandonado las clases con las manos llenas de dibujos y de bocadillos que devoran o desprecian entre remilgos, termino mi trabajo y regreso al cuarto de baño a comprobar si el rostro que refleja el espejo continúa siendo el mío; pero estoy muerta. Mi vida se agotó hace tiempo, y ahora debo conformarme con esta rutina y esta existencia. Un fantasma en un colegio. Balder no hizo sino podar un esqueje muerto.